

dad, «será preciso que cada pensador los vuelva á pensar y encontrar por sí mismo. Y entonces no serán ya de Platón ni de Aristóteles, sino del nuevo filósofo que los descubra y en sí propio los reconozca», porque *todo organismo filosófico es una forma histórica que el contenido de la conciencia va tomando según las condiciones de tiempo y de raza* (1).

* * *

«La generación presente — escribía en 1876 — se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos» (2). Eso mismo hizo él: se acostumbra á «vivir con los muertos» (3), dándosele muy poco de los vivos, que no siempre pagaron como correspondía los beneficios de su trato, aunque se hayan apresurado á planirle cuando ha desaparecido. En esa callada y solitaria contemplación meditó sus mejores y más duraderas obras, amando cada vez más su indomable independencia, y justificando el apotegma ibseniano: «El hombre más fuerte del mundo es aquel que se encuentra más solo.»

A su condición filosófica debió, sin duda, la elevación de su crítica, porque sólo la Filosofía da el hábito de buscar las ocultas causas de los hechos y el sentido orgánico de la evolución de las formas. En sentencia profundísima, dijo: «Hasta hoy no se ha entendido bien la historia de nuestra literatura, por no haberse estudiado á nuestros teólogos y filósofos» (4). Él los estudió á la perfección, y gracias á ello supo trazar aquellos rasgos críticos que esmaltan sus obras y que son tan finas muestras de escrupulosa observación erudita como de análisis psicológico.

Sin esta levadura filosófica, ningún literato hará jamás labor de *alta crítica*. Taine escribió la *Historia de la literatura inglesa*, pero es también autor del hermoso libro sobre *La inteligencia*; Macaulay redactó en páginas de oro la historia de la revolución inglesa y las semblanzas de sus grandes hombres, pero hizo á la vez el ensayo sobre *Bacon*. En este género de crítica, que la convierte en un verdadero arte bello, con valor sustantivo é independiente de su materia, Menéndez y Pelayo fué un maestro insigne, y quizá el último de todos en el orden cronológico, si es cierto que la orientación actual de los estudios literarios pone á la primera en peligro. «Hay en la crítica—escribe Lanson (5)—una parte de arbitrariedad, de subjetivismo, de preferencia sentimental ó de lógica *a priori*, que aparta de ella los espíritus educados en la disciplina de las ciencias históricas y filológicas. Se aplican los métodos exactos al estudio del desarrollo y de las obras maestras de la literatura, y mientras languidece la crítica, se hace la historia literaria; en este sentido, la actividad es grande y excelentes los resultados. Parece que, cogida entre el periodismo y la historia, á la brillante crítica de otros tiempos le cuesta trabajo subsistir como género; si no fuese permitida más que á los espíritus excepcionales, que nos interesan más por ellos mismos que por el asunto de que hablan, no habría razón para lamentar este cambio.»

En estas afirmaciones de Lanson hay mucho de verdad (sobre todo en cuanto reflejan el actual estado de cosas); pero hay también algo que se presta á interpretaciones equivocadas y que puede aplicarse con intención siniestra. Si se trata, por ejemplo, de averi-

(1) *Ensayos*, etc., pág. 186.

(2) *La ciencia española*, I, 128.

(3) *Discurso leído ante S. M. el Rey en 24 de Mayo de 1902*.

(4) *La ciencia española*, II, 10.

(5) *Histoire de la Littérature française*, ed. de Paris, 1908, pág. 1.098.

guar si Ulrico de Hutten tomó parte en la redacción de las *Epistolae obscurorum virorum*, ó de determinar la cronología de los diálogos pláticos, ó de saber si la *Metafísica* pertenece á Aristóteles en todos sus libros, la *intuición* del crítico por sí sola es de auxilio bien escaso; entonces es la ocasión de aplicar los *métodos exactos* á que se refiere Lanson, y será preciso comparar documentos, catalogar frases y vocablos, registrar códices, etcétera, etc. Este trabajo no es ciertamente despreciable, sino muy importante y fundamental; requiere tenacidad de esfuerzo, facultades inductivas y deductivas, sagacidad extraordinaria. Pero su resultado es el hecho, y nada más que el hecho, el cual ha de ser luego interpretado por los hombres, según la inteligencia de cada uno. Y en esa interpretación está el Arte, divino y regenerador. Nada sustituye á la lectura directa de los originales; pero esto no excluye la crítica, del mismo modo que la contemplación de la Naturaleza no ahorra el arte pictórico ni el escultórico, que son, sin embargo, interpretaciones de ella. En suma, los métodos exactos no son Arte bello y la Crítica sí. Lo que ocurre es que son muchos más los que sirven para aquéllos que los que pueden sobresalir en la última; como son en mayor número los que pueden ganarse la vida con las artes útiles que con las bellas. Pero lo alto, lo supremo, lo que eleva al hombre sobre la vida y, por consiguiente, sobre sí mismo, es y será siempre el Arte.

IV

LO QUE REPRESENTA MENÉNDEZ Y PELAYO EN LA HISTORIA ESPAÑOLA

La prosa enérgica y vibrante, llena de jugo y lozanía; la genial intuición de las cosas y de los hombres, de aquel varón insigne cuya pérdida no lamentaremos nunca bastante, serían necesarias para retratar debidamente su figura y colocarla en el altísimo puesto que por tantos conceptos merece.

Yo, el último de sus discípulos, no puedo hacer aquí sino transmitir con honda y sincera veneración el recuerdo que del Maestro y de su obra tengo: recuerdo imborrable, recuerdo animador, poderoso y fortificante, recuerdo impregnado de melancólica serenidad, como el que imprime en nuestro espíritu el rey de los astros al desaparecer entre las sombras de la noche, dejando caldeada la madre Tierra para que no interrumpa ni trunque su eterna labor engendradora.

Porque el influjo de aquel hombre no se circunscribe á una sola ó á varias determinadas esferas de la actividad humana, ni se liga y sujeta á un género particular de investigación. Es más hondo y más universal que todo eso, y en ello estriba su excepcional importancia, que yo desearía acertar á definir en estas últimas consideraciones. Esa profundidad y extensión de su influencia obedecen, en mi sentir, á que Menéndez y Pelayo no fué solamente un varón de talento extraordinario, talentos que siempre son de singular rareza en cualquier país del mundo, sino también un verdadero genio, y esto es todavía más peregrino en cualquier parte. Y tal distinción entre el *talento* y el *genio* basta para que nos expliquemos muchas cosas, tratándose de fijar la representación histórica de la persona.

¿Sabéis en qué consiste esta significación del genio? En un poder natural de síntesis, de enlace entre efectos y causas, que va de unos á otras en virtud de gigantescas é *incomprendibles* intuiciones. Por eso hay algo en el genio que no es susceptible de imitación, pues pertenece al dominio oculto é inescrutable del misterio. Se imitan los procedimientos, se copian las formas; pero el secreto de la obra genial no admite otra manera de

aproximarse á ella que la admiración. Estudiad la estructura de los lienzos de Velázquez inquirid cómo hacía moler sus colores, cómo elegía sus modelos, de qué suerte disponía las actitudes y los ropajes; nada de eso es *Velázquez*; el genial artista es la Idea misteriosa, escondida tras el manto de los colores y del dibujo, y cuya vida alienta en todo el cuadro, sin que se concrete perceptiblemente en parte alguna. ¿Queréis otro ejemplo? Recordad el del insigne geómetra noruego Abel, muerto á los veintisiete años, y uno de los primeros matemáticos del mundo. Fué derechamente á la solución de los más intrincados problemas relativos á las funciones algebraicas, y un siglo después se siguen investigando los procedimientos que á sus conclusiones le llevarían. ¿Dónde está el genio de Abel? ¿En haber trazado minuciosamente estos métodos? No; en haber llegado á la solución, sin darse cuenta del camino, por esa intuición sintética y poderosa á que antes me refería.

Por eso representaría un grave desconocimiento de la personalidad histórica de Menéndez y Pelayo, figurárnosle aisladamente como un excelente crítico literario, como un profundo historiador de la Filosofía, como un eruditísimo indagador de las antigüedades españolas, ó como un delicado poeta. Fué todo eso; pero *no fué eso sólo*. Conocemos grandes críticos, y notabilísimos historiadores, y muy escrupulosos y científicos eruditos; lo que no vemos, muerto Menéndez y Pelayo, es el genio que se cernía con potente vuelo por encima de todas esas esferas, y que dejó marcada su huella, como la garra del león, en todas las materias que tocó su pluma.

Así es que yo concibo perfectamente que los textos editados por Menéndez y Pelayo se vuelvan á imprimir con mayor exactitud; que los orígenes históricos de un cuento se puntualicen con mayor copia de datos que los que él aportó; que los métodos de análisis literario se hagan más *científicos* y *exactos*, aun á trueque de convertir el estudio estético en unas tablas de logaritmos. Lo que se me hace muy difícil de creer, y niego que exista por ahora entre nosotros, y desearía, sin embargo, que se realizase, es que surja otro entendimiento dotado de tan maravillosa *facultad de visión* interna como el suyo, un entendimiento que, cual sutilísimo zahorí, no necesite tomarse el trabajo de apartar montañas y separar rocas y remover obstáculos con los calculados instrumentos de un experto ingeniero, para penetrar en las entrañas de la tierra y sacar á luz sus tesoros ocultos.

Quisiera traer á la memoria algunos ejemplos que sirvieran de comprobación á esto que digo sobre la intuición genial del Maestro en los variadísimos asuntos á que se refiere su inmensa producción, cuyo inventario escueto llena abundantes páginas en cualquier bibliografía; pero temo fatigar al lector con reminiscencias que, sin duda, tiene presentes. Repárese, sin embargo, en aquel admirable discurso sobre la cultura literaria de Cervantes y la elaboración del *Quijote*, que leyó en 1905. Se nos antojaría imposible, después de tan enorme cúmulo de intérpretes, comentaristas y críticos como Cervantes ha tenido, decir algo nuevo y original acerca de sus creaciones, y, no obstante, parece que todo palidece, desde la fría apostilla del escoliasta, hasta la huera declamación del ditirámico, ante aquellas páginas donde nos hace ver que «Don Quijote oscila entre la razón y la locura por un perpetuo tránsito de lo ideal á lo real; pero, si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior, una falsa combinación é interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente immaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor las puras, inmóviles y bienaventuradas Ideas de que hablaba Platón».

«No fué de los menores aciertos de Cervantes—añade—haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura, y dar las mejores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado. No entendía con esto burlarse de la inteligencia humana, ni menos escarnecer el heroísmo, que en el *Quijote* nunca resulta ridículo, sino por la manera inadecuada é inarmónica con que el protagonista quiere realizar su ideal, bueno en sí, óptimo y

saludable. Lo que desquicia á Don Quijote no es el idealismo, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le perturba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo y hace estéril toda su virtud y su esfuerzo... Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura.... Se levanta sobre todos los parodiadores de la caballería, porque Cervantes la amaba, y ellos no. El Ariosto mismo era un poeta honda y sinceramente pagano, que se burla de la misma tela que está urdiendo, que permanece fuera de su obra, que no comparte los sentimientos de sus personajes ni llega á hacerse íntimo con ellos, ni mucho menos á inmolar la ironía en su obsequio. Y esta ironía es subjetiva y puramente artística, es el ligero solaz de una fantasía risueña y sensual. No brota espontáneamente del contraste humano, como brota la honrada, serena y objetiva ironía de Cervantes». Y, en cuanto á Sancho, «fisonomía tan compleja como la de Don Quijote, en medio de su simplicidad aparente y engañosa...., no es una expresión incompleta y vulgar de la sabiduría práctica, no es solamente el coro humorístico que acompaña á la tragicomedia humana, es algo mayor y mejor que esto, es un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por Don Quijote; es el primero y mayor triunfo del ingenioso hidalgo; es la estatua moral que van labrando sus manos en materia tosca y rudísima, á la cual comunica el soplo de la inmortalidad. Don Quijote se educa á sí propio, educa á Sancho, y el libro entero es una pedagogía en acción, la más sorprendente y original de las pedagogías, la conquista del ideal por un loco y por un rústico, la locura aleccionando y corrigiendo á la prudencia mundana, el sentido común ennoblecido por su contacto con el ascua viva y sagrada de lo ideal. Hasta las bestias que estos personajes montan, participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo, y hoy mismo, que se encarnizan contra ella hados crueles, todavía el recuerdo de tal libro es nuestra mayor ejecutoria de nobleza, y las familiares sombras de sus héroes continúan avivando las mortecinas llamas del hogar patrio, y atrayendo sobre él el amor y las bendiciones del género humano».

No creo que la palabra del hombre haya estado nunca tan al servicio del concepto, como en los espléndidos párrafos que acabo de recordar, para traer aquí el eco, débilmente reproducido, de la briosa entonación del Maestro. Y así podría rememorar otros mil lugares análogos, como aquellos profundos capítulos dedicados, en el tomo III de los *Orígenes de la novela*, al análisis de la *Celestina* y de sus imitaciones, y á la descripción de la fisonomía moral de sus personajes y de la finalidad de Fernando de Rojas, para quien «el amor es una deidad misteriosa y terrible, cuyo maléfico influjo emponzoña y corrompe la vida humana, y venga en los hijos los pecados de los padres». Ó bien reproduciría aquellos esculturales períodos que consagró al *Poema del Cid* en su estudio sobre la epopeya castellana en la Edad Media y en la *Antología de poetas líricos*, donde con arte mágico nos descubre el espíritu del héroe «en quien se juntan los más nobles atributos del alma castellana, la gravedad en los propósitos y en los discursos; la familiar y noble llaneza, la cortesía ingenua y reposada, la grandeza sin énfasis, la imaginación más sólida que brillante, la piedad más activa que contemplativa, el sentimiento sobriamente recatado y limpio de toda mácula de sofistería ó de bastardos afectos, la ternura conyugal más honda que expansiva, el prestigio de la autoridad doméstica y del vínculo militar libremente aceptado, la noción clara y limpia de la justicia, la lealtad al monarca y la entereza para querellarse de sus desafueros, una mezcla extraña y simpática de espíritu caballeresco y de rudeza popular, una honradez nativa, llena de viril y austero candor». Cualquiera de los ejemplos que escogiésemos, sería de los que producen impresión fuerte y honda, porque no existe asunto en el que Menéndez y Pelayo pensase, donde no veamos grabada la señal de su genio.

En la manera elevada y penetrante que tuvo el gran Maestro de escribir la historia literaria y filosófica, veo yo la expresión de su espíritu artístico. Porque fué él un verdadero y sublime artista, y, por lo tanto, un creador. Para el vulgo (y comprendo en esta categoría á muchas personas de cultura), la historia y la crítica no son obras de creación, como, por ejemplo, la novela, la poesía ó el teatro; y el vulgo se engaña en eso, como en otras muchas cosas. Cuando el historiador y el crítico son mediocres, su producción no es ciertamente artística ni creadora; cuando el historiador y el crítico son un Tácito, un Taine, un Macaulay ó un Menéndez y Pelayo, hay en su obra una parte altísima y personal, que constituye la creación del Arte. ¿Qué interpretan el novelista, el poeta, el dramaturgo?: las acciones, los sentimientos, las intrigas, las costumbres humanas, ó las impresiones que la Naturaleza produce en los hombres. Pues eso exactamente hacen el historiador y el crítico, cuya tarea preparan el erudito, el filólogo y todos los demás cultivadores de la ciencia; la tarea de aquéllos es por eso esencialmente psicológica, y de una psicología la más difícil y refinada de todas.

* * *

«El genio gusta de la sencillez, el ingenio gusta de las complicaciones»; esta profunda frase de Lessing, en su *Dramaturgia*, tiene perfecta aplicación al modo de ser de Menéndez y Pelayo. Era sencillo en todo: en su indumentaria, en su conversación, en sus gustos, hasta en su limpio y clarísimo estilo, del cual procuraba él apartar con singular esmero cuanto se acercase á la afectación ó á la pedantería. Así logró aquella pasmosa objetividad suya, propia de todo nuestro realismo clásico. Fué, además, de una rectitud inquebrantable en sus juicios, y jamás procuró ofender á los mismos que le habían molestado, porque siempre se vió libre de las bajas pasiones que tan frecuentemente alternan, por desgracia, en las vicisitudes humanas. Declaróse repetidas veces católico á machamartillo; pero este su catolicismo no era intolerante ni de sacristía, ni obstó para que alguien le declarase *impto*, sin duda porque, quien esto hacía, tenía menguado concepto de la piedad. Á pesar de todo, él guardó constantemente en el fondo de su corazón una levadura pagana, como el gran Goethe, y á ello debe la *euritmia* y la serenidad de su estilo. Distaba mucho de menospreciar la Edad Media (ahí están sus admirables semblanzas de Rodrigo Díaz, del Arcipreste de Hita y del Marqués de Santillana, y su bellissimo *Tratado de los romances viejos*, para probar lo contrario); pero sostuvo, en cambio, terminantemente, que el arte histórico de los pueblos cristianos no ha alcanzado, y quizá no alcanzará nunca, «aquella perfecta y serena armonía y compenetración de fondo y forma propias del verdadero arte clásico», del helenismo que empieza en Homero y acaba en Sófocles y en los escultores atenienses de la era de Pericles. Y en la *Epístola á Horacio*, escribió:

«Orgullosos,
allá arrastren sus ondas imperiales
el Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
del Tiber, del Cefiso, del Eurotas,
del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio,
yo soy latino y adorarte quiero!»

Su educación, en efecto, fué esencialmente humanista y clásica, y esto se echa de ver, no sólo en sus primeros trabajos (en las poesías, en el *Horacio en España*, en las Cartas de Italia), sino en las constantes aficiones literarias de toda su vida. Siempre vi sobre su

mesa un Homero y un Virgilio, y de vez en cuando, un *Nuevo Testamento* en griego. Porque era más bien hombre del Renacimiento que de estos prosaicos siglos, y se inclinaba más á la corte de los Médicis que á la época de las Constituciones y de los Parlamentos. Hizo en parte su propio retrato, cuando escribió, en el Estudio de la *Propaladia* de Torres Naharro, que éste fué un *humanista*, «y no por la inoportuna profusión de citas y recuerdos clásicos....., sino por otro género de influencia más honda y eficaz: por lo claro y armónico de la composición; por el buen gusto que rara vez falla, aun en los pasos más difíciles; por cierta pureza estética que sobrenada en la descripción de lo más abyecto y trivial; por cierta grave, consoladora y optimista filosofía que suele encontrarse en sus escritos; «por un buen humor reflexivo y sereno, que parece la suprema ironía de quien había andado mucho mundo y sufrido muchas tormentas en esta vida, y era..... parco en las palabras y mesurado en las sentencias, sin duda porque guardaba para sus versos las expansiones de su alma, no sabemos si regocijada ó resignada. Esta humana y aristocrática manera de espíritu..... tuvieron todos los grandes hombres del Renacimiento, y..... encontró su más perfecta expresión en Miguel de Cervantes»; esta manera fué también la de Menéndez y Pelayo, y en esto principalmente fué un humanista.

* * *

Si ahora se me pregunta cómo califico yo la mentalidad del insigne Maestro, y de qué suerte determino su representación en la vida histórica española, contestaré en pocas palabras: su sistema fué el *armonismo*; el sentido de su obra tiene dos formas: una, de *reconstitución* de nuestro pasado; otra, de *regeneración* para el porvenir.

El *armonismo* de Menéndez y Pelayo es consecuencia lógica de su temperamento *humanista*, que le llevaba á una amplísima libertad de criterio (principal riqueza que procuró legar á sus discípulos). Si, en lo literario, experimentó la influencia de Milá y Fontanals, y, en lo filosófico, la de Lloréns, estos gloriosos maestros no sirvieron sino para alentar las tendencias de su espíritu, que, por lo demás, no se afilió nunca á las escuelas que ellos representaban, ni á ninguna otra; porque, como hemos dicho, él quiso siempre libertarse de todo exclusivismo de secta, de toda estrechez dogmática. ¡Sólo él hubiese podido cobijar bajo el manto de su arte sublime á *Gloria* y á *Sotileza*, á *Doña Perfecta* y al señor de la Torre de Provedaña!

Á la difícil empresa de *reconstitución* de nuestro pasado, como base de *regeneración* para el porvenir, dedicó Menéndez y Pelayo la mejor parte de sus titánicos esfuerzos. Si hemos de despreciarnos ó de estimarnos, necesario será que nos conozcamos; y la historia es, para los pueblos, lo que la conciencia y la reflexión para los individuos: un medio de conocimiento de faltas y de méritos, y un aviso para la enmienda ó para la perseverancia. Comprendiéndolo así, escudriñó con potente luz los más ocultos rincones de nuestro pasado, y no hubo región en la que él no penetrase y no hiciese importantes hallazgos. El que se ocupe en la historia de las ciencias, tendrá que consultar el *Inventario* adjunto á ese consolador y confortante libro que se titula: *La ciencia española*. El que trabaje en filosofía, alguna vez habrá de recurrir á la *Historia de los heterodoxos españoles*. El que estudie la literatura ó el arte, incesantemente habrá de leer la *Historia de las ideas estéticas en España*, la *Historia de la poesía hispano-americana*, los *Estudios de crítica literaria*, la *Antología de poetas líricos castellanos*, y otras muchas producciones suyas, entre ellas los egregios Prólogos de la edición académica de Lope de Vega, que ahí quedan sin terminar, como torso de gigantesca estatua, con el gesto, entre arrogante é irónico, del atleta que, después de haber comenzado su trabajo, invita al público á que lo continúe..... si puede.

No es ocasión ésta para entrar en prolijos análisis, que no servirían sino de ampliación de lo que dejo expuesto. Baste proclamar que la obra de Menéndez y Pelayo, en lo que respecta á la rehabilitación de nuestro pasado histórico, es de tal entidad que le hace acreedor al eterno agradecimiento de nuestra Patria.

¡La Patria! Fué el amor de sus amores, el pensamiento de toda su vida; por ella trabajó siempre, y de sus glorias escribía cuando le sorprendió la muerte. En 1901 hacía notar el enorme contingente que el extranjero aportaba para el estudio de nuestro pasado: monografías, tesis doctorales, «y hasta bibliotecas enteras y revistas especiales consagradas al estudio de las literaturas de la Península española». Y añadía: «¡Cómo contrasta esta alegre y zumbadora colmena, en que todo es actividad y entusiasmo, con el triste silencio, con el desdén afectado, y hasta con la detracción miserable que aquí persigue, no ya las tareas de los modestos cultivadores de la erudición, que encuentran en ella goces íntimos mil veces superiores á todos los halagos de la vanidad y de la fama, sino lo más grande y augusto de nuestras tradiciones, lo más sublime de nuestro arte, lo más averiguado é incontrovertible de nuestra historia, que suele calificarse desdeñosamente de *leyenda*, como si hubiésemos sido un pueblo *fabuloso*, y como si la historia de España no la hubiesen escrito en gran parte nuestros enemigos y aun en sus labios no resultase grande!»

Creo firmemente que esta nuestra situación de espíritu, descrita por Menéndez y Pelayo en 1901, algo ha mejorado después; pero temo que este progreso no sea suficientemente hondo, en vista de cierto dejo de amargura que se observa en uno de los últimos escritos del Maestro inolvidable, escrito que puede considerarse como su testamento literario y que marca su definitivo juicio sobre nuestro estado actual:

«Hoy presenciamos — dice — el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime á las razas y á las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece á cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia los hizo grandes, arroja á los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular! La tradición teutónica fué el nervio del renacimiento germánico. Apoyándose en la tradición italiana, cada vez más profundamente conocida, construye su propia ciencia la Italia sabia é investigadora de nuestros días, emancipada igualmente de la servidumbre francesa y del magisterio alemán. DONDE NO SE CONSERVA PIADOSAMENTE LA HERENCIA DE LO PASADO, POBRE Ó RICA, GRANDE Ó PEQUEÑA, NO ESPEREMOS QUE BROTE UN PENSAMIENTO ORIGINAL NI UNA IDEA DOMINADORA. UN PUEBLO NUEVO PUEDE IMPROVISARLO TODO MENOS LA CULTURA INTELECTUAL. UN PUEBLO VIEJO NO PUEDE RENUNCIAR Á LA SUYA SIN EXTINGUIR LA PARTE MÁS NOBLE DE SU VIDA, Y CAER EN UNA SEGUNDA INFANCIA, MUY PRÓXIMA Á LA IMBECILIDAD SENIL.»

V

BIBLIOGRAFÍA DE MENÉNDEZ Y PELAYO

Con ocasión del *Homenaje* que la revista *Ateneo* tributó á Menéndez y Pelayo, publicó, en los números de Noviembre de 1906 y Marzo de 1907, un primer intento de Inventario de los escritos del Maestro. Reuniéronse después aquellos artículos, algo aumentados, en cierta *Bibliografía* publicada en 1911⁽¹⁾, al mismo tiempo que el primer tomo de las *Obras completas*, editadas por D. Victoriano Suárez; y nuevamente se repitió la impresión, en Julio de 1912, para el número de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, dedicado á la memoria de D. Marcelino.

Todo ese trabajo, hartó más detenido y penoso de lo que á primera vista parece, era, ciertamente, desordenado é incompleto. Tuve que confiar, casi exclusivamente, en los datos que la memoria me proporcionaba, y, por añadidura, en las tres ocasiones citadas escribí con grandes apremios de tiempo. Así y todo, tengo la satisfacción de que esa *Bibliografía* fué la primera, de alguna extensión, que salió á luz, y he visto después, también con placer, que no ha sido enteramente inútil á los que se han dedicado al mismo asunto.

Encargado luego por la Real Academia de la Historia de redactar la Necrología de Menéndez y Pelayo, dediqué mi labor á refundir por completo la mencionada *Bibliografía* revisando de nuevo los libros, folletos y artículos que cito, y añadiendo otros no descritos antes⁽²⁾. Confío, pues, en que las deficiencias resultarán menores, y en que serán rarísimas (si alguna existe) las publicaciones de Menéndez y Pelayo que aquí no se hallen referidas.

Bien meditado el caso, me ha parecido preferible seguir el orden cronológico de composición ó publicación de las obras. Cualquier otro procedimiento engendra confusión en el lector, y le impide apreciar el desenvolvimiento de la labor del biografiado. Claro es, sin embargo, que resulta imposible observar rigurosamente aquel orden, á causa de que algunas obras, empezadas á escribir y á publicar en un determinado año, no se terminaron hasta muchos después. Así, el primer tomo de la *Historia de las ideas estéticas* salió á luz en 1883 y el último en 1891; el primero de la *Antología de poetas líricos*, en 1890, y el posterior en 1908; *Lope de Vega* comenzó á publicarse en 1890; pero el tomo xv, último publicado, es de 1913, y así sucesivamente. Intercalar entre uno y otro tomo una serie larga de trabajos dados á luz en los años intermedios, es expuesto á confusiones. En vista de ello, he puesto el primer volumen de cada obra en el lugar que le corresponde según la fecha de su publicación, colocando seguidamente los demás tomos de la misma obra y las sucesivas ediciones de ella.

No fué Menéndez y Pelayo de los que tuvieron mucho tiempo para pensar y preparar sus trabajos. Como Lope de Vega, pudo decir que

«más de ciento, en horas veinticuatro,
passaron de las Musas al teatro.»

⁽¹⁾ *Bibliografía de D. M. Menéndez y Pelayo*, por A. B. y S. M.; Madrid, V. Suárez, 1911; 33 págs. en 4.º (Al final de este folleto se encuentra un plan de las «Series que comprenderán las *Obras completas*», redactado por el mismo Menéndez y Pelayo.)

⁽²⁾ Véase: *Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912)* por Adolfo Bonilla y San Martín; Madrid, 1914.—Un tomo de 276 págs. en 4.º, publicado por la Real Academia de la Historia.